

dencia con que el Señor había cuidado de él en su ida, estada y vuelta. Isaac se consideraba ya á las puertas de la muerte, pero la venida de su hijo y la compañía de tantos queridos nietos reanimaron su ancianidad, y vivió todavía trece años.

Muerte de Isaac.

Cuando llegó á la edad de ciento y ochenta años, el Señor le trasladó á mejor vida, á la mansion de los justos, al seno de Abraham su padre. Vivió Isaac cinco años mas que Abraham, cuyas virtudes fueron el modelo de su vida. La misma fe en las promesas del Señor, la misma esperanza de su cumplimiento, la misma piedad para con Dios, el mismo reconocimiento á los favores del Cielo, la misma caridad con los hombres, y el mismo buen olor de santidad. Su vida sin embargo fué, por decirlo así, mas silenciosa que la de su padre; fué como una piedra preciosa oculta en un tesoro, mas no por eso fué menos preciosa á los ojos de Dios que ve lo oculto. Nó obstante, hay en ella una memorable accion que la llena toda. Esta fué su sacrificio. En lo mas florido de su edad puso su cuello bajo el cuchillo sin desplegar sus labios, y ofreció al Señor el sacrificio de su vida con entera voluntad. Dichoso por haber merecido con este desprendimiento de su vida una vida tan dilatada, y mas dichoso por haber conseguido, con esta generosa renuncia á toda descendencia, la descendencia de los doce fundadores del pueblo de Dios en su querido Jacob; y en fin, por haber tenido la gloria de que el Señor quisiese ser invocado, no solo con el nombre de *Dios de Abraham*, sino tambien de *Dios de Isaac*.

Murió en el mismo Mambre, donde había muerto su padre Abraham ciento y cinco años antes, y se hallaron á su muerte sus dos hijos Jacob y Esaú. Estos, acompañados de sus numerosas familias, le hicieron las mag-

níficas exequias que correspondian al segundo patriarca del pueblo de Dios, y le sepultaron en la cueva doble que había comprado su padre Abraham por cuatrocientos siclos de plata, y que él mismo había venido á adquirir por el precio de cien corderos. Allí fué colocado al lado de su esposa Rebeca, y junto á su padre Abraham y su madre Sara. Acaso nunca sepulcro alguno había encerrado tantos cuerpos de personas ilustres y santas, ni merecido con mejor título el nombre de *Sepulcro de los Santos*.

Segun san Agustin, Esaú, reconciliado ya con su hermano, había bajado de los montes de Seir á la tierra de Canaan para vivir en ella; mas despues de la muerte de Isaac, como ambos hermanos fuesen muy ricos, y no pudiesen habitar juntos por la multitud de sus ganados, hicieron lo que Abraham y su sobrino Lot, se separaron en buena amistad. Esaú tomó sus mujeres, hijos é hijas y todas las personas de su casa y la hacienda y ganados, y todo cuanto poseía en la tierra de Canaan y se retiró de nuevo á Seir, fijó allí su habitacion, y fué el padre de los príncipes idumeos, Jacob se quedó en la tierra de Canaan, donde había peregrinado su padre.

José.

Hemos dicho que Jacob era el patriarca destinado, especialmente, á llevar una vida de trabajos, y no es de extrañar que estos continuasen. José, que por su excelente carácter y por su inocencia debía ser el consuelo de su anciano padre, vino á serle un motivo de las mas hondas pesadumbres. Este hijo tan amado y tan digno de serlo, había nacido en la Mesopotamia seis años antes que el santo patriarca saliese de ella para volver á la tierra de Canaan. Era el mas niño de los diez hijos y una hija que había tenido en aquel país, y el hijo único de Raquel su esposa mas querida. Desde que Dios les

concedió este hijo de las fervorosas y largas súplicas de sus padres, fué el objeto de sus cariños. La pureza y el candor habian nacido y crecian con él, y su docilidad no tenia límites. Jacob no pudo dejar de dar la preferencia en el amor á un hijo tan amable, y en esto no hacia sino justicia; porque, si es verdad que los padres no deben hacer preferencias entre sus hijos por solo los dotes naturales, puesto que estos no penden de su voluntad, tambien lo es que harian una injusticia si manifestasen igual cariño á los hijos desarreglados y viciosos que á los hijos arreglados y virtuosos, porque esto pende de su mala ó buena voluntad. José, pues, siendo de diez y seis años, apacentaba el ganado de su padre juntamente con sus hermanos los hijos de Bala y Zelfa, y se vió precisado á acusarles ante su padre de un crimen pésimo. La sagrada Escritura no le expresa, porque debió ser de lo mas abominable. Santo Tomás dice: que fué el mayor de todos los que pueden cometerse contra la pureza, y la de José no pudo sufrirle; pero estas delaciones, á que comunmente estan obligados los hermanos, tienen muchas veces por recompensa una enemistad irreconciliable. Así debió suceder con los hijos de Bala y Zelfa, acusados por José. Jacob le amaba sobre todos los demás hijos por sus excelentes y virtuosas prendas, y porque se le habia concedido el Señor en su vejez; y como era el mas jovencito, le mandó hacer una túnica de varios colores. Los hermanos, viendo que José era amado de su padre mas que todos los demás hijos, se dejaron poseer de la envidia, le cobraron grande aborrecimiento, y no podian hablarle cosa alguna pacíficamente.

El mismo José aumentó con su sinceridad este aborrecimiento, y le convirtió en un odio mortal. Contó á sus hermanos un sueño que habia tenido, y esto aumentó terriblemente el odio que habian concebido. Escuchad, les dijo José, el sueño que he visto. Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo, y que mi gavilla, como que se levantaba y se tenía derecha; y que vues-

tras gavillas que estaban al rededor, adoraban á mi gavilla. Indignados los hermanos con un presagio tan odioso para ellos, le dijeron con enfado: ¿Serás por ventura nuestro rey? ¿Ó estaremos nosotros sujetos á tu dominio? Pero no paró aquí el cuento. Vió otro sueño, que declaró tambien á sus hermanos. He visto en sueño, les dijo, como que el sol y la luna, y once estrellas me adoraban. Contó tambien este sueño á su padre, quien le respondió diciendo: ¿Qué quiere dar á entender ese sueño que viste? ¿Acaso yo mismo y tu madre y tus hermanos te habremos de adorar sobre la tierra? Por todas estas cosas sus hermanos le aborrecian de muerte; mas su padre lo consideraba todo en silencio.

Hay dos géneros de sueños que es preciso distinguir para no caer en supersticion. Unos son los ordinarios y naturales que todos tenemos: otros son los extraordinarios y sobrenaturales que Dios envia algunas veces á los hombres para comunicarles algunas cosas futuras, y tales eran los de José. Los que son avisados de este modo reconocen que estos sueños vienen de Dios por el convencimiento que se les comunica con el mismo sueño; pero estos son muy raros, y se debe temer mucho la ilusion y vivir siempre prevenidos contra ella. Hasta tres veces despertó la voz del Señor á Samuel antes que creyese que era voz del Señor, y aun habria seguido no creyendo si Helí no le hubiera dicho que respondiese al Señor. Dios en estos sueños presentó á José una semejanza de lo que habia de suceder; pero él no lo entendia, y así los contaba con sencillez á su padre y sus hermanos, completando de este modo la envidia y odio que estos le tenían.

Sus peligros de muerte y su venta.

Poco tiempo despues de estos sueños salieron del valle de Mambre los hijos de Jacob con sus ganados y pasaron

á las cercanías de Siquem á pastorearlos en las posesiones que habian abandonado con motivo del suceso de Dina, y que abundaban de buenos pastos. José, como era el báculo de la vejez de su padre, habia quedado con él. Mas como hubiese pasado algun tiempo sin que el cuidadoso anciano tuviese ni la menor noticia de sus hijos, llamó á José y le dijo : Tus hermanos apacientan las ovejas en las cercanías de Siquem : ven, te enviaré á saber de ellos ; y respondiendo José : Pronto estoy. Anda, le dijo, y ve si estan buenos tus hermanos y si van bien los ganados ; y vuelve á decirme lo que pasa. José se preparó al momento para el viaje, y habiendo abrazado á su padre se despidió de él por algunos dias. ¡Pobre padre y pobre hijo ! ¡Ellos no sabian que pasarian mas de veinte años sin que volviesen á verse ! José se puso en camino, y habiendo llegado á Siquem, no encontró allí á sus hermanos. Él los buscaba por todas partes, y como le hallase un hombre errando por aquellos campos, ¿qué buskais? le preguntó. Busco, respondió José, á mis hermanos : decidme, si lo sabeis, dónde apacientan los ganados. Se retiraron de aquí, contestó el hombre, y les oí decir : Vamos á Dotaim. José entonces siguió en pos de sus hermanos y los halló en Dotaim, bien ajeno del peligro que corría allí su vida, porque ellos luego que le vieron á lo léjos, pensaron en matarle, y se dijeron los unos á los otros : Allá viene el soñador. Venid, matémosle y echémosle en esta cisterna vieja. Despues dirémos que una fiera pésima le ha devorado. Entonces verémos qué le aprovechan sus sueños. Oyendo esto Ruben, que era el mayor, se estremeció, y trabajaba por librarle de sus manos. No le mateis, les decia, ni derrameis su sangre ; sino echadle en este pozo sin agua. Él se morirá solo, y vosotros no ensangrentaréis vuestras manos. Esto lo decia por librarle y volvérselo á su padre. Entretanto el amable jóven corría á arrojarse en los brazos de sus hermanos, y no sabia que iba á echarse en los brazos de sus verdugos. Al momento se

apoderaron de él, y ni su niñez, ni sus caricias, ni sus lágrimas, ni el respetable nombre de su amado padre... nada bastó para ablandarlos. Le despojaron de su preciosa túnica y le echaron en el pozo sin agua. Á poco rato pasaron por allí unos arrieros ismaelitas que bajaban al reino de Egipto, y Judas enternecido al estar oyendo los clamores lastimosos y el tierno llanto de su hermano, ¿qué sacaremos, dijo á los otros, con hacer que perezca este niño? Al cabo es nuestro hermano. Mejor será que le vendamos á estos arrieros. Consintieron los demás, y sacándole del pozo se le vendieron en ciento cincuenta y seis reales, y ellos se le llevaron á Egipto.

Para ocultar estos criminales su atentado, mataron un cabrito y con su sangre tiñeron la túnica de que habian despojado á José y la enviaron rasgada y ensangrentada á su padre, diciendo : Esa túnica hemos encontrado tal como la veis. Reconoced si es la de vuestro hijo José. Solo Jacob podria explicar la profunda y anchurosa llaga que abrió en su corazon la vista de la túnica de su hijo rasgada y empapada en sangre. ¡Conozco ! exclamó anegado en llanto al verla, ¡ conozco demasiado esta túnica ! ¡ Es la túnica de mi querido hijo ! ¡ Una fiera cruel le ha despedazado y devorado ! Rasgó entonces sus vestidos en señal de su profundo sentimiento, se vistió de cilicio y llorando inconsolable, repetia sin cesar : ¡ Si, una fiera ha devorado á mi hijo José ! Los autores del crimen acudieron á consolarle ; pero el afligido anciano, ignorante de su atentado, no, hijos míos, les decia, no os empeñeis en consolarme. Yo bajaré llorando al sepulcro á juntarme con mi amado hijo ; y fué tan amarga la pena de este tierno padre, que el espacio de mas de veinte años no bastó para mitigarla enteramente ; pero ¡ ó Dios mio ! ¡ y qué profundos son vuestros juicios ! Cuando parecia que habíais de dispensar algun consuelo á vuestro siervo oprimido de dolor hasta el extremo, entonces permitis que otra nueva pesadumbre venga á consumirle y acabarle.

Judas, el quinto de sus hijos, sucedió á Ruben, que era

el primero, en la carrera de deshonorar su familia con una conducta indigna del que á la vez habia de dar su nombre al pueblo de Dios, ser la cabeza de la familia real, y el ascendiente mas visible del hijo de Dios en cuanto hombre. Este jóven, cuando solo tenia veinte años de edad, se ausentó, sin saber porqué, de su familia, y se fué á la ciudad de Odolam, á la casa de un tal Hiram. Allí vió una hija del cananeo Sué, se casó con ella, y tuvo tres hijos, Her, Onan y Sela. Casó á Her su primogénito con una jóven tambien cananea llamada Tamar. Aun no contaba Her sino diez y ocho años cuando contrajo matrimonio, pero era de costumbres tan corrompidas, que no bastó que tuviese mujer para corregirlas. Fué un malvado delante del Señor, y el Señor le mató, dice el sagrado texto. Como este monstruo de corrupcion murió sin hijos, poco despues de un casamiento que profanó horriblemente y que esterilizó con sus acciones abominables, mandó Judas á su segundo hijo Onan que se casase con la viuda de su hermano. Era entre los descendientes de Abraham una costumbre, que despues pasó á ser ley en tiempo de Moisés, que el hermano se casase con la mujer de su hermano cuando este moria sin sucesion, para que diese sucesion al difunto hermano, reputándose los hijos que este segundo tenia, como si hubiesen nacido del primero. Fundado Judas en esta costumbre, quiso que Onan se casase con Tamar, viuda de Her; pero Onan no era menos corrompido que Her; y sabiendo que los hijos que tuviese habian de reputarse, no como suyos, sino como de su hermano, impedía el fruto del matrimonio. El delito era abominable, y el proceder de Onan no era menos execrable que el de su hermano Her, y tampoco fué menor el castigo. El Señor le mató como á su hermano. Estas dos terribles muertes deben ser terribles escarmientos para los que se dejan arrastrar á este abominable delito, tan contrario por sí á la naturaleza, como bochornosa su perpetracion á la vista de Dios, que ve en lo oscuro y en lo oculto.

Judas, lleno de pena por la temprana muerte de sus dos primeros hijos, é ignorando la causa, temió que sucediese lo mismo á Sela, que era el único que le quedaba y que debia casarse con Tamar, y suplicó á esta que se estuviese viuda en la casa de su padre hasta que creciese mas Sela. Así lo hizo Tamar retirándose á la casa de su padre. Pasados muchos dias murió la mujer de Judas, quien despues de hacerla los funerales de costumbre, y de haber calmado los sentimientos de esta muerte, subió á Tamnas, al esquilero de sus ovejas. Tamar supo con tiempo este viaje de su suegro; y quitándose los vestidos de su viudez, tomó otros, y cubriéndose con un manto, se fué á sentar á la encrucijada del camino que iba á Tamnas, porque Sela habia ya crecido y Judas no se le daba por marido. Vivamente sentida de esta dilacion, trató de sorprender al padre porque la negaba el hijo. El cambio incluia mas de un crimen, pero nada la detuvo. Esperaba el paso de su suegro con todas las apariencias de una ramera y logró su intento. Tomó en prendas de su condescendencia el anillo, el brazaletes y el báculo de Judas, y volviéndose con mucho secreto á la casa de su padre, dejó el vestido que habia tomado y se puso el de su viudez que habia dejado. Al cabo de tres meses dijeron á Judas: Tamar está embarazada, y es una infiel á vuestros hijos; y Judas, extremadamente irritado, traémela, dijo, para que sea quemada. Las cabezas de familia tenian sobre ella en aquellos tiempos la autoridad soberana, y el delito de Tamar pedia ser quemada. Se la notificó la sentencia de su suegro, pero ella no se alteró al oír una sentencia tan terrible, porque sabia muy bien el medio de anularla. Cuando ya la llevaban al suplicio, pidió que se la permitiese enviar unas prendas á su suegro. Luego las entregó, y advirtió al que las llevaba: Al presentarlas, dirás estas precisas palabras: Del varon de quien son esas alhajas concebí. Conoce de quién son ese anillo, ese brazaletes y ese báculo. Judas quedó al verlas asombrado, y exclamó: Mas

justa es Tamar que yo, ó lo que es lo mismo, menos criminal que yo es Tamar. Yo no la daba por marido á mi hijo Sela, y ella se arrojó por mi culpa á este delito. Cuando llegó el tiempo del parto, aparecieron dos mellizos, que fueron Fares y Zara, niños muy considerables, porque llegaron á ser dos personajes de quienes se hace mencion en la genealogía de Jesucristo, y porque Fares fué uno de sus ascendientes.

Tales son los tristes y vergonzosos sucesos que pasaron á la vista del afligido Jacob, en seguida de la venta de su querido José, sin que el santo patriarca pudiese hacer otra cosa que llorarlos, adorando la profundidad de los juicios del Señor sobre los hombres. El venerable y santo anciano se miraba deshonrado en su hija Dina, violada brutalmente por un incircunciso; odiado de los pueblos de Siquem y sus contornos por la carnicería y depredacion hecha por sus hijos; y ultrajado por Bala, una de sus mujeres, corrompida por Ruben, su primogénito. Judas, que era el quinto, contrajo un matrimonio que no llevó el consentimiento ni la bendicion de su padre, ni mereció la aprobacion del Señor. Este infeliz matrimonio le dió dos nietos, Her y Onan, que obligaron á la Justicia divina á librar de ellos al mundo que escandalizaban con sus abominaciones. El mismo Judas, padre de estos monstruos de lujuria, cubrió al oprimido Jacob de nueva confusion con un incesto. Los demás hijos no fueron mas prudentes, y le causaron pocas menos amarguras. Solo José por su inocencia, por su dulce carácter y por su amabilidad podria haber suavizado tantas amarguras; pero este habia sido vendido y trasladado á otro reino.

José en Egipto.

Entregado á los Ismaelitas por sus hermanos, fué llevado á Egipto y vendido allí al general de las tropas. Su



gallarda disposicion, su modestia, su comportamiento, y sobre todo la proteccion del Señor que le acompañaba en todos sus pasos, le hicieron bien pronto amable á su dueño y á toda la familia. Todo salia bien en las manos de José, y su amo llegó á conocer que Dios estaba con él. Le fió enteramente el gobierno de la casa, y desde entonces los negocios de su dueño siempre estuvieron en el mejor órden, y los bienes se aumentaron prodigiosamente. Diez años habia que todo prosperaba extraordinariamente en aquella casa bajo la direccion de José, cuando una prueba terrible de su honestidad le obligó á huir de ella. Por desgracia la esposa de su dueño puso en él los ojos, y no solo le declaró su pasion, sino que le importunaba todos los dias. Rechazaba el castísimo jóven con admirable firmeza y constancia su malvado intento: pero un dia que José entraba en su cuarto de despacho, ella le siguió resuelta á lograr con la violencia lo que no podia conseguir con las instancias. Asíole de la capa, pero este mártir de la pureza, como le llama san Agustin, dejó la capa en sus manos, y todo sobresaltado huyó precipitadamente para librarse de ella.

Mas esta infernal mujer, al verse despreciada, convirtió el amor en odio y trató de perder al jóven admirable que no habia podido seducir. Comenzó á gritar desafortunadamente y á llamar á los criados, que luego acudieron á los gritos, y la hallaron llorando y exclamando: ¡Desdichado de mi esposo! Él recibió en su casa un esclavo, se ha fiado enteramente de él, y no sabe que es un malvado. Este infame ha tenido atrevimiento para poner los ojos en su esposa, y acaba de querer profanarla. Viéndome en tan duro lance, comencé á gritar y á llamaros. Él entonces echó á huir; yo quise sujetarle, pero no pude, y solo conseguí quedarme con la capa que veis entre mis manos. No se sabe si los criados que tenian tan conocida la castidad de José darian crédito á su ama; lo cierto es que cuando el amo vino á casa, esta mala hembra supo hacer bien su papel. Se presentó á él

con un semblante entre turbado y colérico, y mezclando los suspiros con las lágrimas, tú no sabes, le dijo, lo que es ese Hebreo que compraste. Ha intentado profanar á tu esposa, y solo mis gritos, llamando á los criados, pudieron obligarle á huir, dejando su capa entre mis manos. Las lágrimas de este basilisco cerraron el discurso, y la capa que presentaba fué el único testigo para condenar al inocente. José sin otra averiguacion fué puesto en un calabozo y cargado de cadenas en premio de la fidelidad que habia guardado á un marido crédulo. Mas Dios, que probaba tan exquisitamente la virtud de su siervo, no le desamparó en las prisiones. José entró luego en la gracia del alcaide, y libre de sus cadenas, fué en adelante el que cuidó de todos los presos.

Habria ya cerca de un año que José estaba en la cárcel, cuando fueron puestos en ella el copero del rey y el panadero mayor, y entregados al cuidado de José, que les servia como á personas principales. En una misma noche tuvieron cada uno un sueño extraordinario y misterioso, que les puso en sumo cuidado. Los contaron á José por la mañana, y José, intérprete de las voluntades del Cielo, los declaró á uno y á otro. Tres dias faltan, dijo al copero, para que vuelvas á servir la copa al rey, como antes. Esto significa tu sueño; solamente te suplico que te acuerdes de José en tu prosperidad, y te compadezcas de él, para que sugieras á Faraon que me saque de esta cárcel, porque á hurto fui arrebatado de la tierra de mis padres, y aquí, estando inocente, he sido echado en calabozo. Despues dijo al panadero: Al cabo de tres dias el rey quitará tu cabeza y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tus carnes. Esto significa el tuyo. Todo sucedió como José habia dicho; pero el ingrato copero, ocupado de su nueva elevacion, se olvidó enteramente de José su bienhechor y su intérprete. ¡Tan difícil es que el hombre en la prosperidad no se olvide del que sufre en la desgracia!

Dos años despues tuvo Faraon otro sueño igualmente

misterioso, pero de mayores consecuencias. Parecía que se hallaba á las márgenes del Nilo, y que veía salir del rio siete vacas hermosas y muy gruesas, que se daban á pacer por la ribera, y que en seguida salian otras siete tan feas y tan flacas, que estaban en los huesos. Mas lo que sobre todo asombró al rey fué, que las flacas se tragaron á las gordas. Despertó entonces asustado, pero volvió luego á dormirse y tuvo otro sueño que aclaraba mas el primero y le confirmaba. Vió siete espigas muy granadas y lozanas que brotaban de una caña, y otras siete débiles y agostadas que devoraron la lozania de las primeras. Volvió á despertar asustado, y apenas vino el dia mandó llamar á todos los sabios del reino para que le explicasen estos sueños. Se reunieron un gran número, pero ninguno se halló que supiese interpretarlos. En este apuro fué cuando el copero, despues de dos años, se acordó de José, y acercándose al rey le dijo: Confieso, señor, mi pecado. Yo soy un ingrato. Cuando el panadero y yo caimos en vuestra desgracia y fuimos puestos en la cárcel, tuvimos cada uno un sueño que nos causó grandes inquietudes. Habia en ella un jóven hebreo que merecia toda la confianza del alcaide, y que con su discrecion y virtud llegó á merecer tambien la nuestra. Nosotros le contamos nuestros sueños, y él nos los interpretó tan perfectamente que todo cuanto dijo se cumplió al pié de la letra. Yo le prometí solicitar con vos su libertad, y he faltado á mi palabra.

Su elevacion.

Al oír esto Faraon hizo que inmediatamente sacasen á José de la cárcel y le trajesen á su presencia. Le contó sus sueños, y habiendo escuchado José al rey con un profundo respeto, dijo: Los dos sueños, señor, significan una misma cosa. Dios ha mostrado á Faraon lo que quiere hacer. Las siete vacas gordas y las siete espigas

llenas significan siete años de abundancia. Y las siete vacas flacas y siete espigas asolanados otros siete años de esterilidad y hambre. Ahora, pues, provea el rey de un varon sábio é industrioso, que poniendo gobernadores en todas las provincias de Egipto, compre la quinta parte de los frutos en los siete años de abundancia que van luego á comenzar, y los recoja en paneras para los siete años de esterilidad que han de sucederles. Así se evitará que perezca el reino de hambre. Agradó el consejo á Faraon y á sus ministros, y les dijo el rey : ¿Por ventura podrémos hallar un varon como este, que esté lleno del espíritu de Dios? Y dirigiéndose en seguida á José, le dijo : Puesto que Dios te ha manifestado todo lo que has hablado, ¿acaso podré yo hallar otro mas sábio que tú, y que te sea semejante? Tú, pues, serás el que gobierne en mi reino, y al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo. Yo mismo solo te precederé en llevar la corona y ocupar el trono. Dicho esto, sacó el rey el anillo de su dedo y le puso en el dedo de José; le cubrió con un ropaje de lino finísimo; rodeó á su garganta un collar de oro, é hizo que subiese en su segunda carroza, y que un pregonero le precediese gritando : Doblen todos la rodilla delante de José, y sepan que es el gobernador de toda la tierra de Egipto.

Treinta años solamente tenia José cuando fué proclamado, y luego principió á desempeñar su nuevo y elevado ministerio. Recorrió todas las provincias del reino, puso intendentes en todas las ciudades, y preparó en ellas grandes paneras. Comenzaron los siete años de abundancia, y la quinta parte de las mieses fueron recogidas en gavillas (para conservar mejor el grano y tener paja) y puestas en las paneras que habia preparado, y fué tan grande la abundancia de trigo que excedia á toda medida. Pasados estos siete años de abundancia principiaron los siete de esterilidad, y bien pronto se dejó sentir el hambre por todas partes. El pueblo obligado de la necesidad acudió á Faraon pidiendo pan, y Faraon

les contestó : Id á José, y haced lo que él os dijere. El pueblo acudió á José, y entonces José abrió todas las paneras y vendia á precios muy moderados todo el grano que necesitaban los Egipcios, extendiendo este beneficio aun á las naciones vecinas.

Primer viaje de sus hermanos á Egipto.

Desde el primer año de la escasez se habia apoderado el hambre de la tierra de Canaan, donde vivia Jacob, padre de José. Noticioso el venerable anciano de que en Egipto se vendia el trigo aun á los extranjeros, envió allá á comprarlo á sus diez hijos, hermanos de José, dejando solamente á Benjamin en su compañía. José era el príncipe en toda la tierra de Egipto, y por su orden se vendia el trigo á los pueblos. Los diez hermanos se presentaron á José y se arrodillaron, como todos, á sus piés, dando con este cumplimiento á sus sueños sin advertirlo, porque no le conocieron : mas José les conoció luego á todos, y echando menos á su hermanito Benjamin, temió si le habrian tratado como á él en otro tiempo. Para salir de sus temores, les habló con mucha seriedad, y aun con dureza, obligándoles á que le diesen cuenta exacta de su padre y de su hermano; y aunque se la dieron buena, no se fió de su relato, y mandó poner preso á Simeon y que permaneciese en la cárcel hasta que trajesen á su presencia al jóven Benjamin. Con esto les despachó, mandando á sus oficiales que les llenasen los costales de trigo y que volviesen á poner secretamente el dinero de cada uno en su costal. Todo se ejecutó como lo ordenaba José, y los nueve hermanos tristes y pensativos tomaron la vuelta á su tierra y á la casa de su padre.

El santo anciano los esperaba con ansia, y los recibió con lo ternura de padre. Quiso que luego le diesen cuenta de lo que les habia pasado en su largo viaje; y ellos se la